

Nombres propios en los refranes españoles. Una huella viva de la historia

Marina Kienya

DOI: 10.2436/15.8040.01.216

Resumen

Los refranes, estos dichos sentenciosos de carácter tradicional, no sólo son una fuente de sabiduría popular, sino también un indudable depósito de conocimientos históricos. Cualquier nombre propio mencionado en un refrán queda incrustado en él para siempre al igual que un insecto prehistórico queda incrustado en un trozo de ámbar. De esta manera se graban en los refranes hechos y períodos históricos relacionados con los nombres de tierras, ciudades o personas allí mencionadas. A nosotros sólo nos falta descifrar estos mensajes de las épocas remotas preguntándonos ¿por qué?, ¿dónde?, ¿quién? Una tarea para curiosos, para los que quieren aprender. Aunque, “el que quiera aprender, que vaya a Salamanca”. Y, ¿por qué a Salamanca y no a Valladolid o Toledo? Descifrar refranes es una tarea difícil, un verdadero “averígüelo Vargas”. A propósito, ¿quién fue ese tal Vargas?

El Congreso de Onomástica se celebra en septiembre, así que tendré mucho tiempo para investigaciones y pesquisas. Como aquel que dice, “No se ganó Zamora en una hora”. ¿Zamora? ¿Por qué Zamora y no Málaga, si también costó mucho ganarla?

Tengo muchas ganas de ir a Barcelona, la conozco bien, la echo de menos, aunque dicen que sólo es buena si la bolsa suena. Vamos a ver si es verdad. No obstante, sólo voy por dos días, no me puedo permitir más. ¿Quién sabe, qué puede suceder en mi ausencia en el departamento donde trabajo? No en vano dicen: “Quien fue a Sevilla perdió su silla”. De paso sería interesante averiguar qué tenía esa Sevilla para que la gente se apresurara allí dejando lo que poseía. En los dichos españoles no sólo se reflejan hechos históricos antiguos. A veces aparece alguno que otro más o menos reciente. El pueblo con su indudable inclinación por los refranes tiene en este sentido una inagotable capacidad creadora. “Con Arias Salgado, todo tapado; con Fraga, hasta la braga”. Detrás de esta frase burlona debe de estar toda una época de cambios, de tendencias innovadoras. Voy a hablar también de ellas aunque me doy cuenta de que hablar de la historia española a los ciudadanos de España es lo mismo que “llevar hierro a Vizcaya”.

Si nos preguntáramos qué es la historia, la respuesta no sería fácil. A veces nos parece que es algo inalcanzablemente remoto: piedras muertas, fechas difíciles de recordar, nombres semiolvidados. Pero no. De pronto y sin que nos demos cuenta, la historia se asoma por la ventana de nuestro *hoy*: en el sabor de los platos que comemos, en la arquitectura de los edificios que vemos cada día camino del trabajo y, por supuesto, en los dichos a los que recurrimos tan a menudo sin pensar mucho en su contenido.

Se suele decir que los españoles son muy refraneros, y los refranes, estos “dichos sentenciosos de uso común” pueden vivir siglos y, heredándose de padre a hijo, quedan para siempre en la memoria colectiva de una nación. Por lo tanto, si en un refrán se menciona un topónimo o un antropónimo relacionado con este u otro acontecimiento histórico importante, el dicho se convierte en una especie de puerta mágica detrás de la cual se descubren guerras, reinados, conflictos, fracasos y logros que marcan la historia del país. Sólo nos falta abrirla.

No obstante aquí, como en las pirámides de Egipto, también hay puertas falsas. En el refranero clásico español hay muchísimos dichos toponímicos pero no todos ellos merecen ser analizados porque no contienen nada particular –sólo un deseo arbitrario de alabar lo suyo y criticar lo ajeno–. Como dice Pedro Voltes en su libro “Rarezas y curiosidades de la historia de España”, “abunda el tono ácido en el refranero y el repertorio etnográfico español, sobre todo en lo que toca a denostar al vecino. [...] La regla de oro según la cual se forman todos estos juicios consiste en establecer que [...] dentro de lo malo que es lo ajeno, lo peor de todo corresponde al vecino inmediato” (Pedro Voltes, 2001, págs. 30-31). Por eso vamos a pasar por alto tales refranes como “Si de Jaca Dios me escapa, más rico soy que el Papa” o “Ni viña

en Cuenca ni pleito en Huate” –dejémoslos para gruñones que no ven más allá de sus narices–. Tampoco analizaremos en la ponencia refranes como “Muera Marta y muera harta” o “Suspiraba Jimena por la minga ajena” porque los nombres que se mencionan en ellos se usan por mera asonancia. No nos desviemos, pues, y vayamos directamente al grano.

Aunque Pedro Voltes sostiene que el refranero es hijo adoptivo de la historia –por no decir hijo bastardo– no siempre es así. Hay casos verdaderamente espectaculares. Cuando afirmamos que una empresa importante no se realiza de la noche a la mañana, decimos: “No se ganó Zamora en una hora”. Es un dicho increíblemente antiguo, se remonta al siglo XI, cuando Fernando I, rey de Castilla y León, dividió sus tierras repartiéndolas entre sus cinco hijos: el primogénito Sancho heredó Castilla; Alfonso heredó León; García, Galicia; Elvira, el señorío de Toro; y Urraca, el señorío de Zamora, a la que su padre había rodeado de muros llamándola la “bien cercada”. Sin embargo, a la muerte de Fernando I su hijo Sancho, pensando que más cerca están los dientes que los parientes, arrebató las coronas a sus hermanos. Se le sometieron todos, menos doña Urraca Fernández, una señora de armas tomar, que supo oponer resistencia al usurpador. En 1072 Sancho II asedió Zamora. Pero, como aquel que dice, fue por lana y volvió trasquilado. O, mejor dicho, no volvió porque lo asesinaron durante el asedio. Luego su hermano, el rey Alfonso VI, tendría que jurar al Cid que no era fratricida, luego desterraría al Campeador, luego... Bueno, ya es harina de otro costal. Lo que impresiona, es que de las famosas murallas de Zamora apenas quedan ahora unos restos, mientras que el refrán perdura. Y con él perdura la memoria sobre el pasado que queda incrustado en las palabras, como un insecto antiguo incrustado en un trozo de ámbar.

Con Zamora está relacionado otro hito de la historia española: la contienda entre Isabel la Católica y Juana la Beltraneja, una tía y una sobrina disputándose la corona. Fue la primera vez que esta diagonal dramática surcó el destino del país. Casi cuatro siglos más tarde volvería a aparecer en las Guerras Carlistas. ¿Fue o no fue Juana la heredera legítima? Ahora nadie podría dar una respuesta definitiva porque es un verdadero “Averíguelo Vargas”. Y, a propósito ¿quién fue ese tal Vargas, capaz de averiguarlo todo? El origen del dicho está en las anotaciones que Isabel la Católica escribía en sus informes haciendo referencia a don Francisco de Vargas, su alcalde de Corte. El talón de Aquiles del absolutismo está en que los monarcas, aspirando a controlarlo todo, a veces no las tienen todas consigo y se ven obligados a apoyarse en numerosos consejeros y ministros creando un poderoso aparato burocrático.

La historia del reinado de los Reyes Católicos fue gloriosa pero al mismo tiempo más que dramática. Mezcla de sangre y lágrimas –ésta era la tinta con la que se escribía–. Para reunir todos los Estados peninsulares y poner fin al dominio musulmán no se escatimaron fuerzas ni, tampoco, vidas. El asedio de Málaga sólo es un ejemplo más. Empezó en 1487 y duró tres meses. En la ciudad sitiada la gente empezó a morir de hambre. Los que sobrevivieron, fueron esclavizados y llevados por la fuerza a otras tierras. O sea, “salieron de Málaga y entraron en Malagón”. Aunque lo de Málaga es sólo una hipótesis mía. Bien puede ser que el refrán no tenga nada que ver con el sitio de la ciudad andaluza y el topónimo se use por asonancia (Málaga – malo). Claro que me gustaría pedir a don Francisco de Vargas que lo averiguara, pero él, por razones obvias, ya no puede hacerlo. Hablando en serio, hay que reconocer que es sumamente difícil (por no decir imposible) seguir la pista de un refrán, porque, además de ser género oral por antonomasia, los refranes, a diferencia de aforismos, son anónimos. En la mayoría de los casos sólo somos capaces de adivinar la época a la que se remontan: “Llevar hierro a Vizcaya”, por ejemplo, a lo mejor apareció a finales del siglo XIX, durante el auge de la extracción del mineral en los yacimientos vizcaínos. En 1900 España era el mayor exportador de hierro de Europa, pero luego las reservas se fueron agotando y ahora no queda de ellas más que un recuerdo - un recuerdo plasmado en las palabras que no se oxidan.

Sin embargo, no nos adelantemos. Volvamos a la España del Siglo de Oro, donde la miseria de unos hacía resaltar el brillo de otros. Me equivoque o no en lo de Málaga, los destinos que esperaban a los moros en la España cristianizada eran tristes: muerte, exilio, esclavitud. Para los cristianos, en cambio, se abrían unas perspectivas fabulosas. El Nuevo Mundo prometía riquezas y fama a los que se atrevieran a “cruzar el charco”. No en vano se decía: “El que va a las Indias es loco y el que no va, es bobo”. En efecto, bobo tenía que ser el que desaprovechara una oportunidad tan brillante. Y se fueron muchos. Veamos lo que dice Tibor Wittman en su “Historia de América Latina”: “Emigraban voluntariamente los nobles empobrecidos, es decir, los hidalgos, y los igualmente empobrecidos campesinos, elementos de lumpen y pícaros [...] Los que se alistaban para viajar para las Indias recibían ayuda del Estado en forma de instrumentos de producción, semillas, exención de impuestos, etc. Durante la primera etapa de la época colonial, se calcula en 120 mil el número total de emigrantes a las Indias” (Tibor Wittman, 1980, p. 157). En fin, “Vente a las Indias, Pepe”. El principal estímulo de los colonizadores fue ansia de dinero, el sueño del mítico El Dorado. Nunca se sabrá a punto fijo cuántos quintales métricos de metales y piedras preciosas llegaron a España. El Estado no tardó en canalizar lo mejor posible estos flujos de riquezas. “Muestra de esta nueva actitud fue la creación de la Casa de Contratación de Sevilla, en 1503. La Casa de Contratación tuvo en sus manos la dirección de los asuntos económicos, científicos y de administración de justicia. [...] La elección de la sede de la institución recayó en Sevilla y no en Cádiz porque su puerto estaba mejor defendido y sus tradiciones comerciales eran más antiguas” (Tibor Wittman, 1980, p. 58). La ciudad se convirtió en una metrópoli riquísima, un irresistible polo de atracción para los que querían *medrar*. Estaban dispuestos a dejarlo todo y no les importaba mucho el hecho de que al abandonar sus posesiones y puestos en la tierra natal, ya no pudieran recuperarlas si regresaban. No era cosa de quejarse: “Quien fue a Sevilla, perdió su silla”.

El desarrollo de una sociedad implica, de manera inminente, su estratificación. Crece la distancia entre los ricos y los pobres, grandes metrópolis hacen sombra a las regiones menos afortunadas. Por eso no es de extrañar que “Aldeana es la gallina, y cómela el de Sevilla”. Aunque la estrella de la capital andaluza se eclipsó en 1717 cuando el Guadalquivir se enarenó y el monopolio se trasladó a Cádiz. ¿Qué se le va a hacer? Cada ciudad tiene su destino en el que se alternan períodos de auge y de decadencia. Veamos, por ejemplo, el caso de Alcalá de Henares. En la época de los Reyes Católicos fue una modesta población de la que la gente decía: “Alcalá de Henares, mucho te precias y poco vales. Si no por una calle que hay en ti, no valieras un maravedí”. Esta única calle que merecía interés era, por lo visto, la Calle Mayor, donde la comunidad judía de Alcalá desarrollaba importantes actividades económicas y comerciales. El auténtico auge de la ciudad empezó en 1508 cuando por la iniciativa del cardenal Cisneros se inauguró la Universidad Complutense con dieciocho cátedras y profesores de París y Salamanca. En las imprentas de Alcalá, las más importantes del Reino, se editaron muchas obras del Renacimiento Español –entre ellas, la Biblia Políglota–. Pero para aquellas fechas las tiendas hebreas de la Calle Mayor ya se habrían cerrado para siempre, abandonadas por sus dueños: el 31 de marzo de 1492 se publicó el decreto de expulsión de los judíos. Además de limpieza étnica, fue un expolio en gran escala porque a los desterrados les estaba prohibido sacar oro, plata y moneda acuñada. Había quien cambiaba su viña por un asno o su casa por un paño. Expulsando a los judíos España perdió un potencial humano y económico inapreciable. Por causa de la “limpieza de sangre” se socavaron las bases mismas de la economía del país.

En general, hay que reconocer que la política étnica de los Reyes Católicos y sus sucesores dio frutos amargos. En 1609 Felipe III, cumpliendo el viejo deseo de Carlos I y Felipe II empieza la expulsión de los moriscos. Primero se fueron los de Valencia, luego los de Castilla y Extremadura, finalizando el proceso en 1613. Se abandonaban talleres,

quedaban sin cultivo viñas y campos. El oro de las Indias se malgastaba en campañas ruidosas y ruinosas a la vez. La inflación crecía, los precios de los productos básicos estaban por las nubes. “En la España del ‘siglo de oro’, pues, el hambre es un problema nacional angustioso, y no mero tema literario”, - escribe Francisco Olmos en su libro “Cervantes en su época” (F. Olmos, 1968, p. 18). El pueblo llano, abandonado a su propio destino, se atiene al viejo principio de “sálvese quien pueda”. Huyendo del hambre, masas empobrecidas llenan ciudades grandes y poblaciones famosas por sus ferias, tales, por ejemplo, como esa “Alba de Tormes, llena de putas, más de ladrones. Mira tu capa, dónde la pones, que padres e hijos todos son ladrones”. ¿Y qué remedio le quedaba a la gente dejada de la mano de Dios? A buena hambre no hay pan duro ni leyes que valgan. “El dominador común de la época [...] es la necesidad, y su consecuencia natural es el delito”, escribe Francisco Olmos (Francisco Olmos, 1968, p. 17). El auge de criminalidad que dio origen a la novela picaresca española llenó el país de pícaros y ladrones de toda laya: *los salteadores* robaban en los caminos, *los capeadores* cortaban con tijeras bolsos y capas, *los apóstoles* falsificaban llaves, *los sátiros* robaban ganado y *los dacianos* secuestraban niños para venderlos luego a mendigos y ciegos. Total, una fauna muy diversa.

Aunque hay que reconocer que había regiones que supieron evitar ese deterioro y formaban cierto contraste con el panorama desolador que representaba el país en general. “Sólo el desarrollo de la industria catalana escapa a la decadencia general”, dice Tibor Wittman en “Historia de América Latina” analizando la situación económica en la metrópoli (Tibor Wittman, 1980, p. 77). Es que Cataluña, a diferencia de otras regiones del país, no sólo vendía y compraba, sino que también producía. En Barcelona crecía el número de gremios y el artesanado barcelonés era, sin duda alguna, el embrión de la producción capitalista. “Tejidos y manufacturas de vidrio, cuero, metal y coral competían ventajosamente en los mercados españoles y del Mediterráneo occidental. [...] La imagen de prosperidad, que aun en momentos difíciles daba la ciudad a los visitantes extranjeros, estaba ligada, sin duda, al dinamismo de aquella clase media de pequeños artesanos, cohesionada mediante los gremios. Lucio Marineo Sículo, el gran humanista italiano, que visitó Barcelona a finales del siglo XV, escribió: “Las personas de cualquier edad se daban a las artes, ya fuesen liberales o mecánicas, que registraban un gran florecimiento. No había paseantes, es decir, gentes ociosas y sin oficio y por eso no había hombres de mala vida ni pobres, y los ciudadanos vivían correctamente y sobraba caudal” (Josep L. Roig, “Historia de Barcelona”, 1995, p. 71). Siendo Barcelona una ciudad comercial, era natural que viniera gente de otros países con su moneda propia. Para cambiarla, ya en el siglo XIII aparecieron *taules de canvi* – mesas de cambio. “Estos cambistas medievales son los precursores de la actividad bancaria actual. [...] En 1401 se estableció *La Taula de Canvi de Barcelona* que ofrecía como garantía la propia ciudad y en la cual debían ingresarse todos los depósitos públicos y judiciales. [...] Se mantuvo hasta 1714, cuando Felipe V la disolvió” (Josep L. Roig, 1995, p. 81). En este ambiente protocapitalista apenas había lugar para parasitismo; quien quería medrar, debía ganar. Pues, claro: “*Barcelona és bona si la bossa sona*”.

Además de la economía distorsionada y débil, había un factor más que frenaba el desarrollo de la España del Siglo de Oro. Este factor lo constituía la cruzada de la Inquisición desatada contra el humanismo y la ciencia en los que la iglesia veía germen de rebeldía. “En 1505, Nebrija, el protegido de los Reyes Católicos, y cuya gramática había entusiasmado a la misma Reina, ve confiscar sus papeles por orden del inquisidor general Diego de Deza. [...] Es el primer atentado contra el espíritu científico en nombre de la dogma” (Francisco Olmos, 1968, p. 46). Años más tarde habrá otros afectados, otras víctimas. Huyendo de los “canes de la Inquisición”, Juan de Valdés y Luis Vives se irán al exilio para no volver nunca a su patria. Un detalle escandaloso: incapaces de alcanzar a Vives en su emigración forzosa, los inquisidores exhumaron y quemaron los restos mortales de su madre. Bueno, a los muertos ya

no les duele, en tanto que a los vivos, sí. Juan de Vergara, gran filósofo erasmista, se escapó a la hoguera por los pelos, y Agustín de Cazalla tuvo menos suerte y fue quemado en 1559. Aquel mismo año, apareció el Índice de Fernando Valdés, “este Torquemada del siglo XVI”, como lo llama Francisco Olmos. El estudio se declaraba “cosa del demonio”, y el saber, por lo tanto, se convertía en un grave factor de riesgo. Si no quieres morir quemado en un auto de fe, no preguntes, no aprendas, procura mantenerte a distancia de estos sabios preguntones que buscan el por qué de las cosas y meten sus narices donde nadie les pide. “El que quiera aprender, que vaya a Salamanca”, aconseja un refrán de la época, expresando el cauteloso deseo de desentenderse de las supuestas herejías. De Salamanca, cuya Universidad se había inaugurado en 1255, corrían rumores que además de lenguas, filosofía y matemáticas se enseñaban allí ciencias ocultas. Uno de los personajes del famoso entremés de Cervantes, el Estudiante, haciendo gala de sus capacidades sobrenaturales, decía lo siguiente: “La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos. Aunque no sé si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido”. Claro que era un pícaro (“y pelón además”), pero se aprovechaba de la conciencia popular para la cual ciencia y brujería eran una misma cosa.

Supersticiones aparte, la famosa Universidad también quedó afectada por el oscurantismo de aquella época. A principios del siglo XVI, allí queman públicamente la cátedra y el libro de Pedro de Osma, maestro de Nebrija, por haber encontrado más de seiscientos errores en la Vulgata. En 1576 se cierra en la Universidad charra la sala de disección y se suprime la enseñanza de anatomía. Felipe II, el Prudente, trató de rodear España de un verdadero telón de acero prohibiendo a los españoles estudiar en el extranjero. A los que estudiaban fuera de las fronteras del país se les daba el plazo de cuatro meses para regresar. Los que desobedecieran, perderían la nacionalidad española (Francisco Olmos, 1968, p. 54).

Desgraciadamente, la Iglesia misma, proclamando la ignorancia como uno de los valores cristianos, cada vez más se hundía en ella. “En esta centuria, –leemos en la obra de Francisco Olmos– el nivel cultural del clero es bajísimo, la disciplina religiosa termina por no existir, el clero vive en desenfreno, abundan las fiestas y expansiones profanas en los claustros” (Francisco Olmos, 1968, p. 59). Los clérigos ya no eran pastores, sino lobos glotones. ¿Acaso el pueblo no lo notaba? ¿Acaso estaba ciego? Por supuesto que no. Muy bien veía la gente que los frailes y prelados, ruines, tacaños e interesados, estaban muy lejos de los ideales que se imponían al “rebaño”. “El abad de Wamba lo que no puede comer, dalo por su alma”, este refrán, sin duda alguna, critica la hipocresía de la Iglesia. Pero hay en él un detalle que no deja de sorprendernos. ¿Qué tiene que ver con los defectos del clero el desafortunado y honesto Wamba, uno de los mejores reyes visigodos del siglo VII? En 672 se vio obligado a dejar el arado por la corona para ser vilmente destronado ocho años después. Un noble le dio a beber un brebaje que sumió al rey en un profundo letargo. Mientras dormía, le cortaron el pelo, le hicieron una tonsura y le vistieron con un hábito de penitente (Francisco Xavier Tapia, “Leyendas y anécdotas de la historia de España”, 1986, págs. 19-20). Al despertarse, no tuvo más remedio que retirarse a un monasterio, siendo, sin duda alguna, persona modesta y decente. ¿Por qué, entonces, su nombre aparece en un dicho anticlerical lleno de sarcasmo? A mi modesto parecer, se trata de un intento de evitar toda alusión posible a una figura real. El hecho de mentar en el refrán a un personaje semilegendario da a la crítica carácter impersonal, casi abstracto. ¿Qué Wamba? ¿Conoce alguien por aquí a algún sacerdote de ese nombre? Pues no, nadie. Es que en aquella época era súmamente peligroso criticar la Iglesia abiertamente, porque a la sazón hasta las paredes tenían oídos. A la gente “le quitaban la libertad de oír y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas a propósito para dar aviso de lo que pasaba” (F. Olmos, 1968, p. 25). Estos “chivatos” de la Inquisición se llamaban “familiares” y a cambio de sus servicios gozaban de ciertos

privilegios sociales. Pero a pesar de todo, refranes anticlericales aparecían como hongos: “El abad y el gorrión, malas aves son”, “Obispos y abriles, los más son ruines”, etc. Es que los dichos son manifestación de *vox populi* imposible de acallar.

Ahora bien, me permito suponer que la Iglesia española no siempre sabía distinguir entre lo de César y lo de Dios. Demasiado unida se encontraba al Estado, históricamente tomando parte muy activa en los asuntos estatales y políticos. Hasta tal punto, que el pueblo empezó a ver en ella la mano derecha del totalitarismo. De ahí tantas quemadas de templos y conventos durante las revueltas populares, tales como la Semana Trágica en Barcelona, donde entre el 26 y el 30 de julio de 1909 fueron incendiados unos ochenta edificios eclesiásticos.

A la Iglesia le tocaba una función muy importante: mantener el control sobre el pueblo al que el totalitarismo le trataba como si fuera un niño insensato incapaz de distinguir entre el Bien y el Mal; un niño al que era necesario dirigir y salvar constantemente prohibiéndole esto y aquello: libros, ideas, actividades, aficiones. Dando un “pequeño saltito” de aquellos tiempos remotos sobre los que hasta este momento he hablado, a la época de Franco, se puede decir que vetos y restricciones constituían una especie de cemento que consolidaba todo el edificio del Movimiento. Para que las pobres “ovejas” no abandonaran el redil, el régimen procuraba reglamentar todos los aspectos de su vida cotidiana: la cocina, el modo de vestir, el trabajo y el ocio. El ministro ultracatólico de Información y Turismo Gabriel Arias Salgado, mezclando las estadísticas y la Gloria, afirmaba, orgulloso: “Antes de que implantáramos estas nuevas normas de orientación, el 90% de los españoles iba al infierno. Ahora, gracias a nosotros, sólo se condena el 25%”. (Agustín Sánchez Vidal, “Una España de sol y sombra”, “Muy Interesante”, núm. 3, p. 26) “Estas nuevas normas de orientación” significaban la proscripción de todo lo que pudiera suponer una tentación para los españoles. En cuanto a las tentaciones, las había muchas, y cada día más, sobre todo con el comienzo del *boom* turístico. Los “suecos” traían costumbres y modas insólitas, por ejemplo, el denostado bikini. La sociedad española tardó en aceptarlo porque había muchas personas que confundían la libertad con el libertinaje. Pero ¡qué remedio! La explosión turística acabó arrasando todos los vetos y normas. Además, en 1962 Arias Salgado se fue al otro mundo cediendo su puesto a Manuel Fraga, un personaje mucho más liberal. Las prohibiciones de antaño fueron suprimidas, y el bañador de dos piezas empezó su marcha triunfal por las playas del país. El pueblo reaccionó ante la novedad con su imbatible sentido del humor: “Con Arias Salgado, todo tapado. Con Fraga, hasta la braga”.

Este sentido del humor, agudo y mordaz a veces, es una de las mejores cualidades del pueblo español. Le ayudó a sobrevivir en los momentos más difíciles y amargos y siempre ha sido una fuente inagotable de nuevos refranes. Según los tiempos que corren, unos dichos se van y otros vienen. Como todo en este mundo, ellos también nacen, viven y mueren. Permanecen vivos mientras la gente sigue usándolos. Si no, sólo quedan en refraneros, como mariposas disecadas en la colección de un entomólogo. Pero no pierden por eso su valor. Son parte de la memoria colectiva de una nación sobre su pasado. Un perezoso los pasará por alto, y un curioso se dará el trabajo de buscar, de investigar, de abrir una por una estas puertecitas mágicas detrás de las cuales verá galerías y paisajes llenos de vida. Yo sólo he abierto algunas. Escribiendo esta ponencia me sentí como el niño de la leyenda sobre San Agustín – ese niño que trataba de meter el mar en un pequeño hoyo excavado en la arena–. Me sentí impotente, pero bendita sea esta impotencia, porque nos ayuda a comprender lo grande que es el mar.

Bibliografía

- Bergua, Juan. *Refranero español*, Madrid, 1977
- Olmos, Francisco. *Cervantes en su época*, Madrid, 1968
- Roig, Josep. *Historia de Barcelona desde su fundación al siglo XXI*, Barcelona, 1995
- Sánchez Vidal, Agustín. *Una España de sol y sombra*, MUY historia, nº 3, 2006
- Tapia, Francisco Xavier. *Leyendas y anécdotas de la historia de España*, Madrid, 1985
- Terrero, José; Reglá, Juan. *Historia de España de la prehistoria a la realidad*, Barcelona, 2002
- Voltes, Pedro. *Rarezas y curiosidades de la historia de España*, Barcelona, 2001
- Wittman, Tibor. *Historia de América Latina*, Budapest, 1980

Marina Kienya
Universidad de Relaciones Internacionales de Moscú
Rusia
espanol@mgimo.ru